

vant dió abrigo al conde de Moret. Bourmont es la antigua plaza fuerte de los Lingones. Sezanne es la antigua plaza de armas de los duques de Borgoña. Ligny-l'Abbaye fué fundada por San Bernardo en las propiedades del señor de Chatillon, al que por acta auténtica prometió el santo *tantas fanegas en el cielo cuantas él le diese en la tierra*. Mouzon era el feudo del abad de San Humberto, el cual enviaba todos los años al rey de Francia "seis perros de caza y seis aves de rapiña.". Chaumont es el país sencillo, en donde se espera *la Sanjuanada para ser diablo y pagar las deudas*. Chateau-Porcien es la ciudad dada por el condestable de Chatillon al duque de Orleans. Bar-sur-Aube es la ciudad *que el rey no podía vender ni enagenar*. Clairvaux tenía su tonel como Heidelberg. Villenauxe tenía la estatua de la reina Berta, madre de Carlomagno. Arconville conserva aun el monton de piedras del hugonote, que engruesan al pasar todos los campesinos echándole un guijarro. Las señales de Mont-Aigu responden á veinte leguas de distancia á las de Mont-Aimé. Vassy fué quemada dos veces, por los romanos en 211 y por los imperiales en 1544, como Langres lo fué por los hunnos en 351 y por los vándalos en 407, y como Vitri lo fué por Luis VII en el siglo doce y por Carlos V en el diez y seis. Sainte-Menehould es esa noble capital de la Argone que, vendida por un traidor al duque de Lorena, Carlos II, no se entregó. Carignan es la antigua Ivoi. Atila levantó un altar en Pont-le-Roi. Voltaire ha tenido una tumba en Romilly.

Ya lo ves; la historia local de todas estas ciudades champañesas es la historia de Francia en pequeños fragmentos, pero no por eso menos grande.

La Champaña conserva la huella de nuestros antiguos reyes. En Reims se les coronaba. En Attigny erigió Carlos el Simple en *señorío* las tierras de Borbon. San Luis y Luis XIV, el santo rey y el gran rey de la raza, hicieron sus primeras armas en la Champaña: el primero en 1228, en Troyes, donde obligó á levantar el sitio, y el segundo en 1652, en Sainte-Menehould, donde entró por la brecha. Coincidencia notable! uno y otro tenían catorce años.

La Champaña guarda tambien las huellas de Napoleon. Las últimas páginas de su prodigioso poema están escritas con nombres champañeses: Arcis-sur-Aube, Chalons, Reims, Champaubert, Se-

zanne, Vertus, Mery, la Fere, Montmirail. Tantos combates, tantos triunfos. Fismes, Vitry y Doulevant, cada uno de estos tres sitios tuvieron el honor de ser una vez su cuartel general; Piney-Luxemburgo lo tuvo dos veces y Troyes tres. Nogent-sur-Saine vió en cinco dias cinco victorias del emperador, manobrando en el Marne con un puñado de héroes. Saint-Dizier habia ya visto dos en dos dias. En Brienne, donde habia sido educado por un benedictino, faltó poco para que fuese muerto por un cosaco.

Los antiguos anales de esta Galia belga llamada la Champaña no son menos poéticos que los modernos. Todos estos campos están llenos de recuerdos: Meroveo y los francos, Aecio y los romanos, Teodorico y los visigodos; el monte Jules, la tumba de Jovino, el campo de Atila cerca de la Cheppe; las vias militares de Chalons, Gruyeres y Warcq; Voromarus, Caracalla, Eponine y Sabino; el arco de los dos Gordianos en Langres; la puerta de Marte en Reims; toda esa antigüedad cubierta de sombra habla, vive y palpita todavía, y grita desde el fondo de las tinieblas á cuantos pasan: *Sta, viator!* Hasta la antigüedad céltica tartamudea un murmullo inteligible en la noche más sombría de esta historia. Osiris ha sido adorado en Troyes; el ídolo Borvo Tomona ha dejado su nombre á Bourbonne-les-Bains; y cerca de Vassy, bajo los espantosos ramajes de ese bosque de Der, donde la Haute-Borne está todavía en pié como el espectro de un druida, en las misteriosas ruinas de la Noviomagus Vadicassium, la Champaña tiene su Palenqué.

Desde los romanos hasta nosotros, las ciudades champañesas edificadas en las llanuras, atacadas sucesivamente por los alanos, los suevos, los vándalos, los borgoñones y los alemanes, han preferido ser quemadas antes que rendirse el enemigo. Las construidas sobre las rocas tomaron por divisa: *Donec moveantur*. La sangre de toda la vieja *Gallia Comata* es la sangre de los Cattes, Lingones, Tricases, Catalonianos, que vencieron á los vándalos; de los Nerviens que batieron á Syagrus, que corre hoy aun por las heroicas venas del campesino champañés. Champañés fué Berteche, ese soldado que en Jemmapes mató por su propia mano siete dragones austriacos. En 451 las llanuras de la Champaña devoraron á los hunnos; si Dios hubiese querido, en 1814 habrían tambien devorado á los rusos.

Esto dicho, de hoy en adelante hablemos con respeto de esa provincia admirable que, cuando la invasion, sacrificó la mitad de sus hijos en defensa de Francia. Solamente la poblacion del departamento del Marne era en 1813 de 311.000 habitantes; en 1830 tenia únicamente 309.000. Quince años de paz no habian bastado para reparar las pérdidas sufridas.

Ahora, volviendo á la explicacion que tenia necesidad de darte, debo decir que cuando se aplica á la Champaña el calificativo de *bestia*, esta palabra cambia de sentido y se toma en su acepcion natural, sencilla, ruda, primitiva. La *bestia* puede muy bien ser águila ó leon. Eso es lo que la Champaña fué en 1814.

CARTA IV.

De Villers Cotterets á la frontera.

El último *calembour* de Luis XVIII.—Peligros que se pueden correr con un tirador de botas.—La llanura de Soissons vista por la tarde.—El viajero mira las estrellas.—El mismo de paso contempla lo que recorre.—J. C.—Soissons.—Frase de César.—Dicho de Napoleon.—Silueta de San Juan de las Viñas.—El viajero vé á una viajera.—Encuentro sombrío.—Venus.—Paisaje crepuscular.—Lo que se vé de Reims desde la silla-correo.—La Champaña completamente empobrecida.—Rethel.—Dónde está el bosque de las Ardenas.—De quién es hijo el desmonte.—Mezieres.—Lo que se busca allí.—Lo que se encuentra.—El milagro de la bomba.—Como un dios se convierte en santo.—Sedán.—El viajero se recoge y busca acontecimientos en su memoria.—Una mediana estatua en lugar de un buen castillo.—Sedán pierde en esto y Turena no gana nada.—No queda huella alguna del Jabali de las Ardenas.—Cinco leguas á pié.—Algo del Mosa.—Caminando tras un vaso de agua se dá en una salchicheria.—Un escrofuloso.—Charleville.—La plaza Ducal y la plaza Real.—Rocroy.—Los diálogos nocturnos que se oyen en las diligencias.—Un repique de campanas se mezcla en la conversacion con la buena y evidente intencion de desenojar al viajero.—Entrada en Givet.

Givet 29 de Julio.

Querido amigo: Esta vez sí que he hecho una buena jornada. Hoy te escribo desde Givet, vieja y pequeña ciudad, que tuvo el honor de sugerir á Luis XVIII su última consigna y su último *calembour* (*Saint-Denis, Givet*), (1) y á la cual acabo de llegar á las cuatro de la mañana, molido por las sacudidas de un infernal carromato, á que aquí dan el nombre de diligencia. Dos horas he dormido en la cama vestido como estaba; pero al hacerse de dia me he levantado para escribirte. Antes he abierto la ventana para gozar de los objetos que se

(1) *Givet* es el nombre de una poblacion; *Givet* significa patíbulo.—(N. del T.)

distinguen desde mi cuarto; éstos son los siguientes: el ángulo de un techo blanqueado con cal, un viejo canalon de madera lleno de musgo, y una rueda de cabriolé apoyada contra la pared. Respecto de mi habitacion, debo decir que es un cuarto inmenso que tiene cuatro grandes camas y una chimenea incommensurable, adornada por el exterior con un espejito y por el interior con un manojillo de leña. Sobre el mango y al lado de una escoba arrimada junto á la chimenea hay un tirador de botas enorme y antediluviano, cortado á hachazos por algun carpintero rabioso. El hueco fantástico practicado en este tirador imita las sinuosidades del Mosa, y es poco menos que imposible no arrancarse el pié si se tiene la imprudencia y el empeño de servirse de él. En prueba de que se corre este riego, solo debo decir que yo acabo de pasear toda la posada con el tirador en el pié, pidiendo á voz en grito: Socorro!

Siendo justo debo hacer una pequeña rectificacion, para que la pintura que he hecho de mi cuarto y del sitio que ocupa no se tache de incompleta. Ahora mismo acabo de oír cacarear unas gallinas. Me he asomado al patio y he visto debajo de mi ventana una preciosa malva de jardin muy parecida á la malvarosa, sostenida por una tabla colocada sobre dos pucheros viejos.

Escrita mi última carta, un incidente, que no merece la pena de ser contado, me hizo volver bruscamente de Varennes á Villers-Cotterets, de cuyo punto salí anteayer, despues de haber abandonado mi carruaje de la Ferté-sous-Jouarre; á fin de ganar el tiempo perdido, tomé la diligencia de Soissons, que iba completamente vacía, lo cual, aquí para *inter nos*, no me disgustó, pues me permitió acomodarme á mi antojo en la banqueta del cupé.

Conforme me iba acercando á Soissons iba desvaneciéndose la tarde. La noche empezaba á abrir su mano saturada de vapores en ese valle encantador, por donde se hunde el camino, pasado el lugar de la Folie, y paseaba lentamente su inmenso difumino por encima de la torre de la catedral y el doble chapitel de San Juan de las Viñas. Mientras tanto, á través de los vapores que se arrastraban pesadamente por la campiña, se distinguia todavía ese grupo de paredes, techos y edificios que componen la ciudad de Soissons, medio prendido por la corriente de acero del Aisne, como

un haz de trigo que vá á cortar la hoz. Para gozar de este espectáculo me detuve un instante en lo alto de la bajada.

Un grillo cantaba en un campo vecino, los árboles del camino dejaban escapar un murmullo suave, y se estremecían antes de apagar sus voces al recibir el soplo de la última brisa de la tarde; yo veía, atentamente y con los ojos del alma, salir una paz grande y profunda de aquella sombría llanura que ha visto vencer á César, reinar á Clodoveo y vacilar á Napoleón. Y es que los hombres, lo mismo César que Clodoveo, que Napoleón, solo son sombras que pasan, y la guerra no es más que una sombra como ellos y que pasa con ellos, en tanto que Dios, y la naturaleza que sale de Dios, y la paz que sale de la naturaleza, son cosas eternas.

Contando con que tenía tiempo sobrado, pues pensaba tomar la silla de posta de Sedán, que llega á Soissons á las doce de la noche, dejé partir la diligencia. El trayecto que me separaba de Soissons era un paseo delicioso y lo hice á pié. A poca distancia de la ciudad me senté cerca de una preciosa casita, que iluminaba tibiamente la fragua de un herrador desde el otro lado del camino. Sentado allí, miré religiosamente al cielo, que ostentaba una serenidad soberbia. Los tres únicos planetas visibles á aquella hora resplandecían los tres al Sudeste, en un espacio reducido y en un mismo rincón del cielo. Júpiter—nuestro bello Júpiter, no es verdad, amigo mío?—que ejecuta desde hace tres meses un nudo muy complicado, formaba con las dos estrellas, entre las cuales estaba en aquel momento colocado, una línea recta perfectamente geométrica. Más al Este, Marte, rojo como el fuego y la sangre, imitaba el centelleo de las estrellas por una especie de llamada feroz; y un poco más arriba brillaba dulcemente, con su apariencia de blanca y apacible estrella, ese planeta monstruo, ese mundo imponente y misterioso que llamamos Saturno. Al otro lado, en el fondo del paisaje, un magnífico faro de luz volteadora, azul, escarlata y blanca, borraba con su rutilación deslumbrante los sombríos ribazos que separan Noyon del Soissonnais. Preguntábame yo de qué podía servir ese faro en plena tierra, en medio de esas inmensas llanuras, cuando le ví abandonar el borde de las colinas, romper las brumas violadas del horizonte y subir hácia el zenit. Ese faro era Aldebaran, el sol tricolor, la

enorme estrella de púrpura, plata y turquesa, que se alzaba majestuosamente realzada por la vaga y siniestra blancura del crepúsculo.

Oh, amigo mío! ¡qué secreto tendrán esos astros que todos los poetas, desde que hay poetas; todos los pensadores, desde que hay pensadores, y todos los soñadores, desde que hay soñadores, los han contemplado, estudiado y adorado, los unos, como Zoroastro, con indefinible arrobamiento, y los otros, como Pitágoras, con inexplicable espanto!

Seth dió nombre á las estrellas, como Adán los había dado á los animales. Los Caldeos y los Genetliacos, Esdras y Zorobabel, Orfeo, Homero y Hesiodo, Cadmo, Pherecide, Jenofonte, Hecataeus, Herodoto y Tucídides, todos esos ojos de la tierra, hace tanto tiempo apagados y cerrados, de siglo en siglo se han fijado con angustia en esos otros ojos del cielo, siempre abiertos, siempre encendidos, siempre animados. Esos mismos planetas, esos mismos astros que nosotros miramos hoy, han sido mirados por todos esos hombres. Job habla de Orion y de las Hiadas; Platon escuchaba y oía distintamente la vaga música de las esferas; Plinio consideraba al sol como á un dios y atribuía las manchas de la luna á las emanaciones que despedía la tierra. Los poetas tártaros nombran el polo *senesticol*, palabra que significa *clavo de hierro*. Algunos delirantes, poseídos de una especie de vértigo, han osado ridiculizar las constelaciones. *Del mismo modo*, dice Rocoles, *y con la misma razon podría ser llamado mono el león*. Pacuvio, no muy convencido de lo que decía, trata de aturdirse asegurando que no cree en los astrólogos, bajo pretexto de que serían iguales á Júpiter:

*Nam si qui, quæ euentura sunt, provideant,
Equiparent Iovi.*

Favorino se dirige esta gravísima pregunta: *¿Existen en las estrellas las causas de todas las cosas? "¿Si vitæ mortisque hominum rerumque humanarum omnium et ratio et causa in celo et apud estellas foret?"* y cree que la influencia sideral se hace extensiva hasta á las moscas y los gusanos, *muscis aut vermiculis*, y añade, hasta á los erizos, *aut echinis*. Aulo-Gelio, habiéndose hecho á la vela de Egina al Pireo, navegando por un *mar clemente*, llegada la noche se sentaba á la popa del buque y contemplaba los astros. *"Nox fuit, et clemens mare, et anni cestas, cælumque liquide serenum; sedebamus ergo*

in puppi simul universi, et lucentia sidera considerabamus." El mismo Horacio, ese filósofo práctico, ese Voltaire del siglo de Augusto, más gran poeta, es verdad, que el Voltaire del siglo de Luis XV, Horacio se estremecía mirando las estrellas; una extraña ansiedad se apoderaba de su corazon, y escribía estos versos casi terribles:

*Hunc solem, et stellas, et decedentia certis
Tempora momentis, sunt qui formidine nulla
Imbuti spectant!*

Por mi parte yo no temo á los astros, los amo.

Así es que se me ha oprimido el corazon siempre que he reflexionado que podía ser la noche el estado normal del cielo, pues lo que llamamos día no existe para nosotros sino porque estamos cerca de una estrella.

La inmensidad no se puede mirar siempre; el infinito anonada; el éxtasis es tan religioso como la oracion, pero la oracion consuela y el éxtasis fatiga. De las constelaciones mis ojos vinieron á fijarse en la pobre pared donde me había recostado. Allí tambien había objetos de meditacion para el pensamiento. En esta pared, el que la había construido había sellado una piedra, una venerable piedra, en la que la reverberacion de la fragua me permitió reconocer los trazos borrados casi por completo de una inscripción antigua; únicamente había dos letras intactas, J. C.; lo demás había desaparecido. Ahora bien, ¿esta inscripción era romana ó del tiempo del Bajo Imperio? Que era de Roma no cabía duda; ¿pero de qué Roma? ¿de la Roma pagana ó de la Roma cristiana? ¿de la ciudad de la fuerza ó de la ciudad de la fé? Largo tiempo quedé con los ojos clavados en dicha piedra y el espíritu abismado en hipótesis sin fondo. No sé si la contemplacion de los astros me predispuso para desvariar de tal modo, pero me pareció que se reanimaron y resplandecieron al fuego de mi mirada aquellas dos letras misteriosas—J. C.—que la primera vez que aparecieron á los hombres gobernaron el mundo, y la segunda vez lo transformaron. ¡Julio César y Jesucristo!

Sin duda bajo la inspiracion de una idea semejante á la que me absorbió entonces, colocó juntos Dante en el calabozo subterráneo del infierno, para que fuesen devorados á la vez por la inmunda boca de Satán, al gran traidor y al gran asesino, Judas y Bruto.

Tres ciudades se han sucedido en Soissons: la *Noviodunum* de los galos, la *Augusta Suessonium* de los romanos y la vieja Soissons de Clodoveo, de Carlos el Simple y del duque de Mayena. De ese *Noviodunum*, que se espantó de la rapidez de César, nada queda. *Suessones*, dicen los Comentaristas, *celeritate Romanorum permoti, legatos ad Cæsarem de deditone mittunt*. De *Suessonium* quedan algunos restos desfigurados, entre otros el templo antiguo, donde en la Edad Media se hizo la capilla de San Pedro. La vieja Soissons es más rica. Tiene San Juan de las Viñas, su antiguo castillo y su catedral, donde fué coronado Pipino en 752. No pude examinar la parte que quedaba de las fortificaciones del duque de Mayena, ni me pude cerciorar de si eran estas fortificaciones las que en 1814 hicieron decir al emperador, al notar en la muralla cierto fósil, caracol ó marismo, que *los muros de Soissons los habían construido con la misma piedra que los de San Juan de Acre*. Observacion muy curiosa cuando se piensa cómo fué hecha, por qué hombre y en qué momento.

La noche era demasiado oscura cuando entré en Soissons para que pudiese buscar las huellas que en algun edificio ó monumento recordasen á *Noviodunum* ó *Suessonium*. Así que hice tiempo hasta que llegó la silla-correo, cenando y vagando alrededor de la gigantesca silueta de San Juan de las Viñas, asentada altivamente junto á las nubes como una decoracion de teatro. Durante este paseo ví aparecer y desaparecer las estrellas en las grietas del sombrío edificio, como si estuviese lleno de gentes que andasen azoradas, subiendo, bajando y corriendo por todas partes con luces.

Al regresar á la posada daban las doce de la noche. La ciudad se ostentaba negra como la boca de un horno.

De pronto un ruido semejante al de un huracán se oyó al extremo de una calle estrecha, que hasta entonces había permanecido en la más perfecta tranquilidad, y que por su apariencia no indicaba fuese de aquellas en las que ordinariamente hay alborotos nocturnos. Era la silla-correo que llegaba. A pocos pasos de mi posada se detuvo. Traía precisamente un asiento desocupado, que es cuanto podía pedir. Estas nuevas sillascorreas son muy elegantes y muy cómodas: los asientos parecen sillones, las piernas se pueden colocar con toda comodidad, y tienen coginetes á derecha é

izquierda por si se quiere dormir, y cristales por si se quiere mirar.

Al tiempo de ir á instalarme voluptuosamente en ella se movió un alboroto infernal, compuesto de gritos, ruido de ruedas y pisadas de caballos, en la otra oscura callejuela, á la cual me dirigí apresuradamente con el deseo de saber lo que era, sin hacer caso de que el mayoral me decia que dentro de cinco minutos iba á partir y no esperaba á nadie.

Al entrar en el callejon se presentó á mis ojos el siguiente cuadro: Al pié de una espesa pared, que tenia ese aspecto odioso y glacial que caracteriza los muros de las prisiones, habia abierta una puerta baja en forma de arco de bóveda y provista de enormes cerrojos. A algunos pasos de esta puerta habia parado una especie de carromato lúgubre que se entreveía en la oscuridad, custodiado á ambos lados por dos gendarmes de caballería. Entre el carromato y la puerta se removía un grupo de cuatro ó cinco hombres, que arrastraban hácia el vehículo una mujer que lanzaba gritos espantosos. Iluminaba fúnebremente esta escena una linterna sorda, que ocultaba en la sombra que proyectaba al hombre que la llevaba. La mujer, que era una robusta aldeana de unos treinta años, resistía obstinadamente los esfuerzos de los cinco hombres, chillaba, golpeaba, arañaba, mordía, y cuando un rayo de la linterna caía sobre su cabeza desmelenada y siniestra, parecia la figura de la Desesperacion. Estaba asida á una de las barras de hierro de la puerta, y se habia agarrado á ella con la fuerza que le prestaba lo horrible de su situacion. Al acercarme yo, los hombres hicieron un esfuerzo violento, la arrancaron de la puerta y en un abrir y cerrar de ojos la llevaron hasta el carruaje.

Este carruaje, que la linterna iluminaba á la sazón con una luz muy viva, no tenia otras aberturas que unos pequeños agujeros redondos con rejillas á las dos caras laterales, y una puerta detrás cerrada por fuera con grandes cerrojos. El hombre que llevaba la linterna los recorrió, y al abrir la puerta se dejó ver bruscamente el interior del vehículo. Era una especie de caja, sin luz y casi sin aire, dividida en dos compartimientos oblongos por un espeso tabique que la cortaba transversalmente. La única puerta que tenia estaba dispuesta de manera que una vez echados los cerrojos, juntaba con el tabique de alto á bajo y cerraba á la vez los dos compartimientos. No

habia comunicacion posible entre las dos celdas, que por todo asiento estaban provistas de una plancha que tenia un agujero. La casilla de la izquierda estaba vacía, pero la de la derecha ocupada. En un ángulo, encogido como una fiera y sentado de lado en el banco, pues de frente no tenia suficiente espacio para colocar las rodillas, habia un hombre—si así puede llamarse,—una especie de espectro de cara cuadrada, cráneo aplastado, sienes anchas, cabellos grises, miembros cortos, velludos y rechonchos, y vestido con un viejo pantalon agujereado y un harapo que en su tiempo fué un capote. El miserable tenia las dos piernas atadas fuertemente con muchos nudos y las ligaduras le llegaban hasta las corvas. Su pié derecho desaparecia dentro de un zueco, y su pié izquierdo lo llevaba descalzo y envuelto en trapos manchados de sangre, que dejaban ver unos horribles dedos magullados y llagados. Este repugnante sér comia tranquilamente un pedazo de pan negro, y no fijaba la menor atencion en lo que pasaba á su alrededor. Ni aun para ver á la desgraciada compañera que se le traía se distrajo de su ocupacion. Ella, mientras tanto, con la cabeza trastornada y vuelta hácia atrás, resistiendo siempre á los agentes de la autoridad, que se esforzaban en hacerla entrar en el compartimiento vacío, no cesaba de gritar:

—No quiero! jamás! jamás! ¡matadme antes!

Pero aun no habia visto al hombre que habia en el carruaje. De repente, en una de sus convulsiones, apercibió en la sombra la pavorosa figura del preso. Al verle, sus gritos cesaron súbitamente, sus rodillas se doblaron, se echó á temblar como una azogada, y apenas tuvo fuerzas para decir con voz apagada, pero con una expresion de angustia que no olvidaré en mi vida:—“Oh, ese hombre!”

En aquel momento el hombre la miró con aire feroz y estúpido, con la mirada del tigre y del patán, pues ambas cosas era á la vez.

Confieso que no pude resistir aquel espectáculo. Claro está que aquella mujer seria una ladrona, quizá algo peor, que la gendarmería conducia de justicia en justicia en uno de esos odiosos vehículos que los pilluelos de Paris llaman metafóricamente *cestos de ensalada*; pero era una mujer y me creí en el deber de intervenir, interpellando á los que la custodiaban, los cuales tuvieron á bien no hacerme caso. Solo un digno gendar-

me, capaz de pedirle al mismo D. Quijote los documentos que acreditasen su personalidad, aprovechó la ocasion para requerirme la exhibicion de mi pasaporte. Justamente acababa de utilizar este desperfecto en el correo.

Pero mientras andábamos con estos dimes y diretes, los carceleros hicieron un esfuerzo supremo, metieron la mujer medio muerta en el carruaje, cerraron la portezuela, echaron los cerrojos, y cuando me volví solo se oía en la calle el retemblido de las ruedas y el galope de la escolta que se hundian en las tinieblas, produciendo un ruido espantoso.

Momentos despues, metido en un excelente coche tirado por cuatro excelentes caballos, galopaba yo tambien por el camino de Reims. Sin darme cuenta ni poderlo evitar iba pensando en aquella desgraciada mujer, y extremeciéndome el corazon, comparaba mi viaje con el suyo.

Sumido en estas ideas me dormí.

Cuando me desperté, el alba comenzaba á hacer revivir los árboles, las praderas, las colinas, los matorrales del camino, todas esas cosas apacibles que atravesamos durmiendo en nuestras diligencias y sillas-correos. Nos hallábamosen un valle encantador, probablemente el valle de Braisne-sur-Vesle. Un vago soplo perfumado flotaba por encima de las laderas, que aun no se habian desprendido de las sombras de la noche. Hácia el Oriente, en el extremo Norte del resplandor crepuscular, muy cerca del horizonte, en un espacio límpido, azul, melancólico, deslumbrante, mezcla inefable de perla, zafiro y sombra, resplandecía Vénus, y su magnífica claridad esparcía por los campos y los bosques, confusamente entrevistados, una serenidad, una gracia y una melancolía inexplicables. Era como un ojo celeste abierto amorosamente en este bello paisaje adormecido.

La silla-correo pasa por Reims al galope sin guardar ningun respeto á su catedral. Al cruzarla apenas se distinguen los aleros de una calle estrecha, el escudo de armas de Carlos VII y la bella aguja de los Ajusticiados levantada sobre el ábside.

De Reims á Rethel, nada.

La Champaña empobrecida, á la cual Julio acaba de cortar sus cabellos de oro, presenta grandes llanuras desnudas y amarillas, inmensas y mórbidas ondas de tierra, por cuya superficie flotan, como una espuma vegetal, algunas malezas

miserables; de vez en cuando, en el fondo del paisaje, rueda lentamente un molino como sofocado por el sol de Mediodía, ó se vé á la orilla del camino un alfarero que al umbral de una choza tiene expuestos para que se sequen algunas docenas de tiestos recién hechos.

Rethel se extiende graciosamente desde lo alto de una colina hasta el Aisne, cuyos brazos cortan la ciudad en dos ó tres sitios. En toda ella nada anuncia que fué la antigua residencia señorial de uno de los siete condes-pares de la Champaña. Las calles, más que de ciudad parecen de pueblo. La iglesia es de un perfil mediano.

De Rethel á Mezieres el camino trepa esas vastas gradas, por medio de las cuales el terreno de l'Argonne se une á la meseta superior de Rocroy. Los grandes techos de pizarra, las fachadas blanqueadas con cal, los parapetos de madera que defienden contra las lluvias el lado Norte de las casas, dan á los pueblos un aspecto particular. De cuando en cuando las primeras cumbres de los montes Faucilles, que aparecen al Sudeste, abren la línea del horizonte. Poco ó nada queda de los bosques. Aquí y allá en lontananza apenas se distinguen algunas colinas melenudas. El desmonte, ese hijo bastardo de la civilizacion, ha devastado de una manera triste el viejo bosque del Jabalí de las Ardenas.

Al llegar á Mezieres buscaron mis ojos algunas torres antiguas medio arruinadas del castillo sajón de Hellebarde, pero no hallaron más que los frios y duros zig-zags de una ciudadela de Vauban. En revancha, mirando los fosos, noté en diferentes sitios restos bastante buenos, aunque desmantelados, de la muralla atacada por Carlos V y defendida por Bayardo.

La iglesia de Mezieres tiene fama de poseer muy buenos cristales. Para visitarla aproveché la media hora que la silla-correo concede á los viajeros para almorzar. Los rosetones, en efecto, han debido ser magníficos; en el ábside quedan algunos fragmentos tristemente ahogados en algunas largas ventanas de vidrios blancos. Pero lo notable es la misma iglesia, que es del siglo quince, y ofrece un conjunto precioso y tiene flamantes cruceros en los vanos de las ventanas, y un pórtico encantador pegado á la fachada meridional. A derecha é izquierda del coro hay estampados en dos pilares dos bajo-relieves del tiempo de Carlos VIII, desdichadamente embadur-